

El Camino del Amor

El Camino del Amor

---

# El Camino del Amor

El Camino del Amor

CAPÍTULO UNO

# En el Principio era el Verbo

## En el Principio era el Verbo

Juan abre su Evangelio con palabras que han resonado a través de los siglos: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho». En estas líneas encontramos algo asombroso: antes de que existiera el tiempo, antes de que hubiera luz o tinieblas, cielos o tierra, ya existía el Verbo — el Logos — y ese Verbo era Dios mismo.

¿Qué significa esto para nosotros? Significa que el universo no es un accidente. No surgió de la nada sin propósito. Fue creado por una Palabra viva, por una inteligencia amorosa que decidió expresarse. Cuando Génesis dice «Y dijo Dios: Sea la luz», vemos al Verbo en acción — creando mediante su palabra, trayendo orden del caos, vida de lo inerte.

Y luego viene lo más extraordinario de todo: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros». El mismo poder creador que formó las galaxias, que estableció las leyes del universo, que sostiene toda la existencia — ese Verbo se hizo hombre. Caminó entre pescadores y recaudadores de impuestos. Comió con pecadores. Lloró junto a una tumba. El Creador entró en su creación.

Jesús no fue simplemente un buen maestro ni un profeta más. Fue — y es — el Logos encarnado, Dios con nosotros, Emanuel. Por eso sus palabras tienen peso eterno. Por eso su vida es el modelo perfecto. Por eso su sacrificio tiene poder para transformar. No estamos siguiendo las ideas de un hombre sabio; estamos siguiendo al Autor de la vida misma.

Pablo lo entendió cuando escribió a los Colosenses: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten». Todo el universo existe en Cristo, por Cristo, para Cristo. No hay rincón de la existencia donde él no sea Señor.

Esto cambia todo. Si Cristo sostiene todas las cosas, entonces cada momento de tu vida ocurre dentro de su cuidado. Cada circunstancia, cada encuentro, cada alegría y cada prueba — todo sucede en el contexto de su señorío. No estás abandonado en un cosmos indiferente. Estás siendo sostenido por aquel que te amó antes de que nacieras.

El salmista lo intuía cuando escribió que los cielos cuentan la gloria de Dios. La creación entera es un testimonio silencioso del Creador. Pero en Jesús, ese testimonio dejó de ser silencioso. En él, Dios habló con claridad perfecta. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre», dijo Jesús a Felipe. Si quieres saber cómo es Dios, mira a Jesús. Su compasión es la compasión de Dios. Su amor es el amor de Dios. Su sacrificio revela el corazón mismo del Padre.

Esta es la invitación que se nos hace: conocer al Verbo que se hizo carne. No solo saber sobre él, sino conocerlo — entrar en relación con aquel que nos conoció primero, que nos amó primero, que dio todo por nosotros primero. El viaje de fe comienza aquí, en el asombro ante el misterio de la encarnación: Dios con nosotros, para siempre.

CAPÍTULO DOS

# El Camino que Jesús Enseñó

## El Camino que Jesús Enseñó

Cuando le preguntaron a Jesús cuál era el mandamiento más importante, su respuesta fue directa: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas».

En estas palabras, Jesús resumió todo el propósito de la vida humana. No complicó las cosas con largas listas de reglas. No creó un sistema imposible de cumplir. Simplemente dijo: ama. Ama a Dios completamente. Ama a los demás como te amas a ti mismo. Todo lo demás fluye de ahí.

Pero Jesús no solo enseñó el amor con palabras — lo vivió con cada acción. Tocó a los leprosos que nadie quería tocar. Habló con la mujer samaritana que la sociedad despreciaba. Perdonó a la adúltera que la multitud quería apedrear. Comió con los pecadores que los religiosos evitaban. Lavó los pies de sus discípulos como un siervo. Y finalmente, entregó su vida por quienes lo rechazaban.

«Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos», dijo. Y luego lo demostró en la cruz. El amor que Jesús enseña no es un sentimiento tibio ni una buena intención. Es un amor que cuesta, que se entrega, que no busca lo suyo. Es el amor que Pablo describe: «El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor».

Este es el camino que Jesús trazó. No un camino de reglas externas sino de transformación interior. No un camino de apariencias religiosas sino de corazón genuino. Los fariseos se preocupaban por lavar las copas por fuera; Jesús se preocupaba por lo que había dentro del corazón humano. Sabía que de adentro hacia afuera es como ocurre el verdadero cambio.

Por eso dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará». El camino de Jesús es paradójico: encontramos vida perdiéndola, recibimos dando, somos exaltados humillándonos. Va en contra de todo lo que el mundo enseña sobre éxito y poder.

El mundo dice: acumula para ti. Jesús dice: da. El mundo dice: defiéndete, no dejes que te pisoteen. Jesús dice: si te golpean en una mejilla, ofrece la otra. El mundo dice: ama a quienes te aman. Jesús dice: ama a tus enemigos, bendice a quienes te maldicen, haz bien a quienes te aborrecen.

Esto no es debilidad. Es la fuerza más grande que existe. Es el poder que conquistó la muerte. Es el amor que transformó a pescadores en apóstoles, a perseguidores en misioneros, a pecadores en santos. Es el mismo amor que puede transformarnos a nosotros — si estamos dispuestos a seguir el camino que Jesús enseñó.

CAPÍTULO TRES

# La Vida como Escuela del Alma

## La Vida como Escuela del Alma

Santiago escribe algo que parece extraño a primera vista: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna». ¿Gozo en las pruebas? ¿Alegría en las dificultades?

Santiago no está siendo cruel ni indiferente al sufrimiento. Está revelando una verdad profunda: las dificultades tienen propósito. No son castigo arbitrario ni abandono divino. Son el fuego en el que se forja el carácter, la presión que forma el diamante, el ejercicio que fortalece el músculo del alma.

Pablo lo entendía también: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien». No dice que todas las cosas sean buenas — claramente no lo son. Dice que Dios puede usar todas las cosas para bien. El dolor, la pérdida, la enfermedad, la traición — nada queda fuera del alcance de su mano redentora. Él puede tomar lo que el enemigo quiso para mal y convertirlo en instrumento de crecimiento.

Piensa en José, vendido como esclavo por sus propios hermanos, falsamente acusado, olvidado en prisión. Años después, cuando finalmente se reencontró con quienes lo habían traicionado, dijo: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien». Lo que parecía tragedia era preparación. Lo que parecía abandono era posicionamiento. Dios estaba trabajando incluso cuando José no podía verlo.

Esta es la perspectiva que transforma cómo vivimos cada día. Las dificultades dejan de ser obstáculos sin sentido y se convierten en oportunidades de crecimiento. La persona difícil en tu trabajo puede ser el instrumento que Dios usa para enseñarte paciencia. La enfermedad que enfrentas puede ser el crisol donde se purifica tu fe. La pérdida que sufriste puede ser lo que finalmente te llevó a depender completamente de él.

Jesús mismo fue perfeccionado a través del sufrimiento. Hebreos dice: «Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia». Si el Hijo de Dios creció a través de las dificultades, ¿por qué esperaríamos un camino diferente para nosotros?

Esto no significa que debemos buscar el sufrimiento ni que debemos quedarnos pasivos ante la injusticia. Jesús sanó enfermos, alimentó hambrientos, confrontó la hipocresía. Pero significa

que cuando el sufrimiento llega — porque en este mundo llegará — no tenemos que desesperarnos. Hay propósito incluso en el dolor. Hay crecimiento posible incluso en la pérdida.

Pedro lo dice con claridad: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo». Las pruebas no son extrañas al camino cristiano — son parte del camino. Son la escuela donde el alma aprende lo que no podría aprender de otra manera.

La pregunta no es si vendrán dificultades. La pregunta es qué haremos con ellas. ¿Las desperdiciaremos en amargura y queja? ¿O permitiremos que el Espíritu Santo las use para conformarnos más a la imagen de Cristo? Cada día trae su propio material de aprendizaje. Cada circunstancia ofrece la oportunidad de crecer en fe, en amor, en paciencia, en humildad.

Tu vida, exactamente como es hoy, con todas sus imperfecciones y desafíos, es el aula que Dios ha preparado para ti. El Maestro perfecto ya está contigo. La lección ya comenzó.

CAPÍTULO CUATRO

# La Elección del Corazón

## La Elección del Corazón

Jesús puso ante nosotros dos caminos con una claridad que no deja lugar a confusión: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan».

Hay dos direcciones posibles para el corazón humano. Una se curva hacia adentro, hacia el yo, hacia mis deseos, mi comodidad, mi gloria. La otra se abre hacia afuera, hacia Dios primero y hacia los demás después. Una acumula para sí; la otra da. Una busca ser servida; la otra busca servir. Una pregunta «¿qué gano yo?»; la otra pregunta «¿cómo puedo amar?».

Jesús lo ilustró con una parábola inolvidable: el hombre rico que acumuló tantos bienes que tuvo que construir graneros más grandes para guardarlos. «Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate», se dijo a sí mismo. Pero Dios le dijo: «Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma». Había vivido curvado hacia sí mismo, y al final no tenía nada que pudiera llevar consigo.

En contraste, Jesús señaló a la viuda pobre que echó dos blancas en el arca de las ofrendas — todo lo que tenía para vivir. «De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos», dijo. No importaba la cantidad. Importaba la dirección del corazón. Ella vivía abierta hacia Dios, confiando en él incluso cuando no tenía nada.

Esta elección fundamental — hacia adentro o hacia afuera, para mí o para otros, mi voluntad o la de Dios — se presenta cada día en mil formas pequeñas. En cómo respondes cuando alguien te ofende. En qué haces con tu tiempo libre. En cómo tratas a quien no puede devolverte el favor. En los pensamientos que permites cuando nadie te observa.

Pablo lo expresó con fuerza: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros». Y luego añade: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». La mente de Cristo es una mente volcada hacia otros.

El mismo Jesús lo modeló perfectamente: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». El Creador del universo tomó forma de

siervo. El que tenía todo derecho a exigir adoración lavó los pies de sus discípulos. El que podía haber llamado legiones de ángeles se dejó clavar en una cruz por amor a quienes lo crucificaban.

No se nos pide perfección. Se nos pide dirección. ¿Hacia dónde apunta tu corazón? ¿Hacia el yo o hacia el amor? Cada pequeña elección en dirección al amor — cada acto de paciencia, cada palabra de ánimo, cada renuncia al orgullo — es un paso en el camino estrecho. Y ese camino, aunque angosto, lleva a la vida.

La buena noticia es que no caminamos solos. El Espíritu Santo obra en nosotros «así el querer como el hacer, por su buena voluntad». No dependemos solo de nuestra fuerza de voluntad. Dependemos de la gracia que nos transforma desde adentro, que inclina nuestro corazón hacia donde por naturaleza no iría.

CAPÍTULO CINCO

# El Espíritu que Mora en Nosotros

## El Espíritu que Mora en Nosotros

Antes de partir, Jesús hizo una promesa extraordinaria a sus discípulos: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad... vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros».

Los discípulos habían caminado con Jesús, habían escuchado su voz, habían visto sus milagros. Pero ahora él prometía algo aún más íntimo: no solo estaría con ellos, sino en ellos. El Dios del universo haría su morada en el corazón humano. Pablo lo dice sin rodeos: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»

Esto cambia todo. No estamos solos en nuestro esfuerzo por seguir a Cristo. No dependemos únicamente de nuestra memoria de sus enseñanzas ni de nuestra fuerza de voluntad para obedecerlas. Tenemos al Maestro mismo viviendo dentro de nosotros, guiándonos, transformándonos, dándonos poder para ser lo que por nosotros mismos nunca podríamos ser.

El Espíritu Santo cumple muchas funciones en la vida del creyente. Jesús dijo que él «os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho». Hay momentos en que una palabra de las Escrituras cobra vida de pronto, cuando un versículo que habías leído cien veces de repente penetra tu corazón con fuerza nueva. Ese es el Espíritu enseñando, recordando, iluminando.

Pablo habla de que «el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios». Hay una certeza interior que no viene del razonamiento sino de algo más profundo — una seguridad en el corazón de que pertenecemos al Padre, de que somos amados, de que estamos en casa. Ese testimonio interno es obra del Espíritu.

Y luego están los frutos. «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza». No son logros que alcanzamos por esfuerzo propio. Son frutos que crecen naturalmente cuando permanecemos conectados a la vid. Jesús lo dijo: «El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer».

La vida cristiana no es principalmente un esfuerzo por ser buenos. Es una relación. Es permanecer en Cristo y dejar que Cristo permanezca en nosotros. Es abrirnos cada día al

Espíritu que mora en nosotros, escuchando su voz suave, siguiendo sus impulsos, permitiendo que su vida fluya a través de la nuestra.

A veces su guía viene como un pensamiento con claridad inusual. A veces como una inquietud que no te deja en paz hasta que obedeces. A veces como una paz profunda en medio de circunstancias que deberían producir ansiedad. A veces a través de las palabras de un hermano, de un pasaje bíblico, de una circunstancia que parece responder exactamente lo que preguntabas.

El Espíritu es gentil. No fuerza. No grita. Susurra. Invita. Espera. Respeta nuestra libertad mientras nos atrae hacia la libertad verdadera. «Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad», dice Pablo. No la libertad de hacer lo que queramos, sino la libertad de ser quienes fuimos creados para ser.

CAPÍTULO SEIS

# La Nueva Criatura

## La Nueva Criatura

Pablo escribió palabras que han dado esperanza a millones: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». No dice «criatura mejorada» ni «criatura reparada». Dice nueva. Algo fundamentalmente diferente. Un nuevo comienzo.

Esto es lo que Jesús le explicó a Nicodemo aquella noche: «El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios». Nicodemo, un maestro respetado de Israel, no entendía. ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? Pero Jesús hablaba de otro tipo de nacimiento — un nacimiento espiritual, una transformación tan radical que solo puede describirse como empezar de nuevo.

Esto no es reforma moral. No es simplemente decidir portarse mejor, hacer más esfuerzo, cumplir más reglas. Es ser recreado desde adentro. Es recibir una nueva naturaleza, nuevos deseos, nuevos ojos para ver, nuevo corazón para amar. Es lo que Dios prometió por medio de Ezequiel: «Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne».

El viejo corazón estaba curvado hacia sí mismo. El nuevo corazón puede amar. El viejo corazón estaba endurecido. El nuevo corazón es sensible a la voz de Dios. El viejo corazón buscaba su propia gloria. El nuevo corazón encuentra gozo en glorificar al Padre. No porque se esfuerce más, sino porque es diferente.

Pablo lo vivió en carne propia. Él, que había perseguido a la iglesia con furia, que había aprobado la muerte de Esteban, que respiraba amenazas contra los discípulos — ese mismo hombre se convirtió en el apóstol del amor y la gracia. No fue un cambio gradual de opinión. Fue un encuentro con el Cristo resucitado que lo transformó completamente. El perseguidor se volvió predicador. El enemigo se volvió embajador.

Esta transformación no ocurre toda de una vez. Hay un momento de nuevo nacimiento, sí, pero luego viene toda una vida de crecimiento. Pablo habla de ser «transformados de gloria en gloria en la misma imagen» de Cristo. Es un proceso. Hay avances y retrocesos. Hay días de victoria y días de lucha. Pero la dirección está establecida, y el que comenzó la buena obra la perfeccionará.

Pedro, que negó a Jesús tres veces, se convirtió en la roca sobre la que se edificó la iglesia. Sus cartas respiran amor, humildad, y una confianza inquebrantable en el Señor que lo restauró. La nueva criatura en él no borró su personalidad — seguía siendo Pedro, impetuoso y apasionado — pero la redirigió, la purificó, la puso al servicio del Reino.

Esto es lo que Dios hace en nosotros. No nos convierte en copias idénticas sin personalidad. Nos transforma en versiones redimidas de nosotros mismos — quienes realmente fuimos diseñados para ser antes de que el pecado distorsionara todo. Como dice C.S. Lewis, Dios no quiere que seamos menos nosotros mismos, sino más. La santificación no es la muerte de la personalidad sino su florecimiento pleno.

Cada día es oportunidad para que la nueva criatura crezca. Cada elección de amor sobre egoísmo, cada momento de obediencia, cada rendición de la voluntad propia — todo contribuye al proceso de ser conformados a la imagen de Cristo. Y un día, cuando lo veamos cara a cara, la obra será completa. «Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es».

CAPÍTULO SIETE

# El Próximo como Espejo

## El Prójimo como Espejo

Jesús contó una parábola que incomodó a su audiencia entonces y sigue incomodando hoy. Un hombre preguntó: «¿Y quién es mi prójimo?» Esperaba quizás una respuesta que le permitiera limitar su responsabilidad. Lo que recibió fue la historia del buen samaritano — un extranjero despreciado que mostró misericordia cuando los religiosos respetables pasaron de largo.

Al final, Jesús volteó la pregunta: «¿Quién fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» No se trataba de definir quién merecía nuestro amor. Se trataba de convertirnos en personas que aman. El prójimo no es una categoría que limitamos; es cualquiera que encontramos en el camino.

Las personas que Dios pone en nuestra vida no están ahí por accidente. El compañero de trabajo que nos irrita. El familiar que no entiende nuestra fe. El vecino con opiniones opuestas. El mendigo en la esquina. Cada uno es oportunidad de amar — y cada uno nos revela algo sobre nosotros mismos.

Jesús lo dijo sin rodeos: «¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?» Lo que nos molesta en otros frecuentemente señala algo no resuelto en nosotros. La persona que nos saca de quicio puede ser el instrumento que Dios usa para mostrarnos áreas donde todavía necesitamos crecer.

Pablo entendía esto cuando escribió: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo». La vida en comunidad — con todas sus fricciones y dificultades — es el taller donde se pule el carácter. Podemos leer sobre el amor en soledad, pero solo lo aprendemos en relación. Podemos admirar la paciencia en teoría, pero solo la desarrollamos cuando alguien nos prueba.

Por eso la iglesia importa. No porque seamos perfectos — claramente no lo somos — sino porque necesitamos unos de otros para crecer. «Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo», dice Proverbios. El crecimiento espiritual no es proyecto individual. Es algo que ocurre en comunidad, en el dar y recibir, en el perdonar y ser perdonado, en el amar a personas reales con defectos reales.

Jesús puso el listón muy alto: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen». No dijo que

sería fácil. Dijo que así seríamos hijos de nuestro Padre celestial, «que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos».

El amor que Jesús enseña no discrimina. No calcula si el otro lo merece. No espera reciprocidad. Simplemente ama — porque esa es la naturaleza de Dios, y nosotros somos llamados a reflejar esa naturaleza. Cada persona que encontramos es oportunidad de practicar ese amor radical. Cada interacción es momento de decisión: ¿responderé desde el ego herido o desde el amor de Cristo en mí?

Tu prójimo — el de hoy, el de esta hora — es tu maestro. En él o ella encontrarás exactamente las lecciones que necesitas aprender.

CAPÍTULO OCHO

# La Esperanza que No Defrauda

## La Esperanza que No Defrauda

Pablo escribió desde la cárcel palabras que resuenan a través de los siglos: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia». No hablaba como quien teme la muerte. Hablaba como quien sabe que hay algo al otro lado — algo mejor, algo que hace que las cadenas presentes parezcan ligeras en comparación.

La esperanza cristiana no es optimismo vago ni ilusión para consolarse. Está anclada en un evento histórico: la resurrección de Jesús. «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho», dice Pablo. Si Cristo resucitó, entonces la muerte no tiene la última palabra. Si él venció la tumba, nosotros también la venceremos en él.

Jesús mismo lo prometió: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente». Estas palabras las dijo frente a la tumba de su amigo Lázaro, momentos antes de demostrar su poder sobre la muerte. No eran teoría filosófica. Eran declaración de autoridad.

¿Qué significa esto para cómo vivimos hoy? Significa que podemos enfrentar las dificultades con perspectiva eterna. Pablo lo dice así: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse». No minimiza el sufrimiento — Pablo conocía el sufrimiento mejor que la mayoría — pero lo coloca en contexto.

También significa que las despedidas no son finales. «No queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza». El duelo es real y necesario. Jesús mismo lloró junto a la tumba de Lázaro. Pero el duelo cristiano está teñido de esperanza. No es un adiós para siempre sino un «hasta luego».

Juan tuvo una visión del final de todas las cosas: «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron». Un día, todo será restaurado. Todo lo que el pecado rompió será sanado. Toda injusticia será corregida. Todo amor verdadero será reunido.

Mientras tanto, vivimos en el «ya pero todavía no». Ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado plenamente lo que seremos. Ya tenemos al Espíritu como garantía de la herencia, pero todavía no la poseemos en su totalidad. Caminamos por fe, no por vista.

Esta esperanza no nos hace pasivos ante el sufrimiento del mundo ni indiferentes a la justicia. Al contrario — porque sabemos que el Reino viene, trabajamos para que venga. Porque creemos en la restauración final, participamos en la restauración presente. Alimentamos al hambriento, visitamos al preso, cuidamos al enfermo — no porque pensemos que resolveremos todos los problemas, sino porque así se ve el Reino, y queremos que se vea ya.

La esperanza cristiana no defrauda, dice Pablo, «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado». No es esperanza construida sobre nuestros méritos ni sobre circunstancias favorables. Es esperanza anclada en el carácter de Dios — y él es fiel.

CAPÍTULO NUEVE

# La Oración y la Quietud

## La Oración y la Quietud

En medio de un ministerio intenso — multitudes que lo buscaban, enfermos que sanar, discípulos que enseñar — Jesús hacía algo que a muchos les parecería improductivo: se retiraba a lugares solitarios a orar. «Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba». Si el Hijo de Dios necesitaba esos momentos de quietud con el Padre, ¿cuánto más nosotros?

La oración no es principalmente una lista de peticiones que presentamos a Dios. Es relación. Es conversación. Es estar con aquel que nos ama. Jesús enseñó a sus discípulos a orar diciendo «Padre nuestro» — no «Señor distante» ni «Juez temible», sino Padre. La oración es el hijo hablando con su papá, con la confianza de quien sabe que es amado.

David escribió: «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios». Hay algo que solo se aprende en la quietud. El ruido constante de la vida moderna — las pantallas, las notificaciones, las mil voces que compiten por nuestra atención — ahoga la voz suave del Espíritu. Para escucharla, a veces necesitamos simplemente callar.

No se requiere técnica elaborada ni postura especial. Se requiere disposición. «Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto», dijo Jesús. Un lugar tranquilo. Unos minutos sin interrupción. Un corazón abierto. Eso es suficiente para comenzar.

A veces la oración es palabras — alabanza, confesión, petición, intercesión. A veces es simplemente estar presente, sin palabras, descansando en la presencia de Dios como un niño en brazos de su padre. «En satisfacción acallé mi alma como un niño destetado está con su madre», escribió el salmista. Hay oraciones que no necesitan palabras.

Pablo exhortó a orar sin cesar. No quería decir que anduviéramos murmurando oraciones las veinticuatro horas. Quería decir que mantuviéramos una actitud de conexión constante — una conversación continua que a veces usa palabras y a veces es simplemente consciencia de la presencia. Trabajar orando. Caminar orando. Vivir en diálogo permanente con el Padre.

En la oración también escuchamos. No siempre como voz audible — aunque Dios puede hablar como quiera — sino como claridad interior, como paz inesperada, como dirección que no

sabíamos que necesitábamos. «Mis ovejas oyen mi voz», dijo Jesús. La voz del Pastor se reconoce. Pero hay que cultivar el oído. Hay que practicar la escucha.

Las Escrituras son voz de Dios también. Cuando leemos la Biblia no en modo de estudio académico sino en modo de escucha — preguntando «Señor, ¿qué me dices hoy?» — las palabras antiguas cobran vida nueva. El Espíritu que inspiró las Escrituras es el mismo que mora en nosotros, y él conecta ambos.

La quietud no es escape del mundo sino preparación para servirlo mejor. Jesús salía de sus tiempos de oración con claridad renovada, con poder para sanar y enseñar, con compasión por las multitudes. La quietud con Dios no nos hace menos activos sino más efectivos. Nos llena de lo que luego podemos derramar sobre otros.

Encuentra tu lugar desierto. Puede ser temprano en la mañana, antes de que despierte la casa. Puede ser en un parque durante el almuerzo. Puede ser en la noche cuando todo se aquieta. El lugar importa menos que la intención. Tu Padre te espera en secreto, y quiere recompensarte en público con una vida transformada.

CAPÍTULO DIEZ

# Fe y Obras

## Fe y Obras

Santiago plantea una pregunta que ha resonado a través de los siglos: «¿De qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?» Y luego ofrece un ejemplo concreto: si un hermano está desnudo y hambriento, y le decimos «ve en paz, caliéntate y sáciate» sin darle lo necesario, ¿de qué sirven nuestras palabras?

La fe genuina se manifiesta. No permanece escondida en el corazón como convicción privada. Se derrama en acciones. «Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma», concluye Santiago. No porque las obras nos salven — Pablo es claro en que somos salvos por gracia mediante la fe — sino porque la fe verdadera inevitablemente produce fruto.

Jesús lo ilustró con la parábola del juicio final. El Rey separa a las ovejas de los cabritos, y el criterio no es doctrina correcta ni asistencia a reuniones. Es algo mucho más simple: «Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí».

Lo asombroso es que los justos ni siquiera recordaban haber hecho estas cosas. No actuaron para ganar puntos ni para ser vistos. Simplemente amaron — y al amar al más pequeño, sin saberlo, amaban a Cristo mismo. «En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis».

Pablo, el apóstol de la gracia, también entendía esto. Después de explicar la salvación por fe en Efesios, inmediatamente añade: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas». No somos salvos por obras, pero somos salvos para obras. Es el propósito mismo de nuestra nueva creación.

¿Cómo se ve esto en la práctica? No necesariamente en gestos grandiosos. Jesús habló de dar un vaso de agua fría en su nombre. Habló de la viuda que dio dos blancas. Las pequeñas fidelidades importan. La palabra amable al desanimado. La paciencia con el difícil. El tiempo dado a quien lo necesita. La generosidad silenciosa que nadie aplaude.

Juan lo resume con claridad meridiana: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad». El amor cristiano no es sentimiento que se queda en el corazón. Es

acción que sale al mundo. Es las manos y los pies de Cristo moviéndose hoy, a través de nosotros, hacia un mundo que necesita desesperadamente ver ese amor encarnado.

La pregunta no es cuánto podemos hacer — siempre habrá más necesidad de la que podemos cubrir. La pregunta es si estamos disponibles. Si cuando el Espíritu impulsa, obedecemos. Si cuando vemos necesidad, respondemos. No como carga pesada sino como expresión natural de lo que Cristo ha hecho en nosotros. Amamos porque él nos amó primero. Damos porque él se dio primero. Servimos porque él vino a servir.

CAPÍTULO ONCE

# El Misterio y la Humildad

## El Misterio y la Humildad

Pablo, después de exponer las profundidades de la sabiduría divina, se detiene asombrado: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?»

Hay un momento en todo camino de fe donde debemos admitir: no lo entendemos todo. Y eso está bien. Dios no nos pidió que lo comprendiéramos completamente. Nos pidió que confiáramos. «Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia», dice Proverbios. La fe madura no exige tener todas las respuestas. Descansa en quien tiene las respuestas, aunque no las comparta todas con nosotros.

Job lo aprendió de la manera difícil. Después de capítulos de debate, de preguntas sin respuesta, de dolor que no tenía sentido, Dios finalmente habló. Pero no explicó el porqué del sufrimiento de Job. En cambio, reveló su grandeza — la creación del universo, las maravillas de la naturaleza, los misterios que Job no podía comprender. Y Job respondió: «He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca».

No fue respuesta a sus preguntas. Fue algo mejor: encuentro con Dios mismo. Y en ese encuentro, las preguntas perdieron su urgencia. Job no recibió explicación; recibió presencia. «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven».

Esto no significa que las preguntas estén prohibidas. Los salmos están llenos de preguntas honestas, incluso de quejas. «¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre?», clama David. Dios no se ofende con nuestra honestidad. Prefiere preguntas genuinas a certezas fingidas.

Pero hay humildad en reconocer los límites de nuestra comprensión. Isaías lo declara: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos».

Lo que sí sabemos es suficiente. Sabemos que Dios es amor — Juan lo afirma sin reservas. Sabemos que Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores — Pablo lo celebra. Sabemos que nada nos puede separar del amor de Dios — ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni

principados, ni lo presente, ni lo por venir. Los fundamentos están firmes, aunque muchos detalles permanezcan en misterio.

La fe no es certeza absoluta sobre cada doctrina. Es confianza en una Persona. Es decir con Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna». No porque tengamos todo resuelto, sino porque hemos encontrado a alguien digno de nuestra confianza — alguien que demostró su amor en la cruz y su poder en la resurrección.

Este pequeño libro ha sido una invitación a meditar en el camino que Jesús enseñó. No pretende tener todas las respuestas ni reemplazar el estudio profundo de las Escrituras. Es simplemente una ofrenda — reflexiones de un peregrino para otros peregrinos, todos caminando hacia la misma luz.

El misterio permanece. Y en el misterio, encontramos no frustración sino asombro. No ansiedad sino adoración. Porque el Dios que no cabe en nuestras categorías es también el Padre que cuenta los cabellos de nuestra cabeza, que conoce nuestro sentarnos y levantarnos, que nos amó antes de que naciéramos y nos amará más allá de la muerte.

«Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido». Un día, toda la niebla se disipará. Toda pregunta encontrará respuesta. Todo dolor tendrá sentido. Hasta entonces, caminamos por fe — confiando en aquel que nos llamó, siguiendo al que nos amó primero, esperando el día en que lo veremos tal como él es.

Y mientras tanto, amamos. Porque al final, cuando todo lo demás se desvanezca, «ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor».